

**Lucía Ortiz**  
**Regis College**  
**Weston, MA 02193.**

**Pasado y presente de la violencia en las crónicas de Alfredo Molano.**  
**Lucía Ortiz. Regis College, Weston, Massachusetts.**

**(Prepared for delivery at the 1998 meeting of the Latin American Studies Association, Chicago, Illinois, September 24-26, 1998.**

Según Charles Bergquist señalar conexiones entre la violencia de la mitad del siglo veinte y la violencia que se vive hoy en día en Colombia resulta muy complejo. Lo que sí es claro es que siguen predominando algunos de los mismos asuntos y condiciones que se sufrían entonces. Asuntos de carácter social, como por ejemplo, la continua lucha por la tierra y la influencia de un sistema político ineficiente, son factores contribuyentes al caos que se vive en la actualidad. Con las historias de vida recopiladas a través de los años el sociólogo colombiano Alfredo Molano ha contribuido a que se conozca no solo la intrahistoria del período conocido como "La Violencia", sino también a que se documenten las experiencias personales de muchos individuos que de alguna forma u otra han sido los protagonistas —algunos conocidos, otros desconocidos— de una historia de violencia, crimen y represión indiscriminados. En esta ponencia discutiremos brevemente el tratamiento de ciertos temas en las obras más importantes de Molano y nos concentraremos en la narración titulada *Los años del tropel*. *Crónicas de la violencia*, editada por segunda vez en 1991. Es evidente que por medio de estos relatos podemos establecer una conexión entre los males vividos hoy en día en el país y sus orígenes.

En una de las colecciones de ensayos más recientes sobre el género o sub-género conocido como el *testimonio*, Georg M. Gugelberger reúne los artículos más importantes que se han publicado sobre el tema e incluye algunas nuevas aproximaciones. En casi todos los ensayos se define el testimonio como un producto de las condiciones políticas que han afectado a América Latina en los últimos treinta años y es presentado como un género que se desarrolla paralelo al boom y se manifiesta como una reacción a este mismo. En el ensayo escrito por Mark Zimmerman se resumen diferentes perspectivas sobre el origen, las referencias y la función del testimonio. Para George Yúdice el género surge con la revolución cubana y está directamente relacionado con las luchas populares latinoamericanas. Hugo Achugar también señala el valor político del género pero a la vez advierte la actitud romántica de los representantes izquierdistas del testimonio, quienes, según él, lo han visto como una manifestación de la "voz popular" no mediatizada. Sin embargo, para Achugar estas voces están inevitablemente intervenidas por un letrado y están dirigidas al letrado. (Zimmerman 101). Aunque Zimmerman concentra su estudio en el desarrollo del testimonio en Guatemala, su propuesta nos sirve para reflexionar sobre la evolución de este género en Colombia ya que el surgimiento reciente de varios textos de carácter testimonial puede estar indicando, como en Centroamérica, una transformación de los modos de producción literaria y cambios en las formaciones sociales del país. Si para Zimmerman y John Beverly el testimonio ha ocupado un lugar importante en la lucha de los sectores medios y ha sido crucial en el apoyo de las luchas revolucionarias de países

como Guatemala, en Colombia no se puede declarar que el testimonio haya cumplido esta función tan específica. Sin embargo, sí es posible que este nuevo modo de expresión esté ayudando a construir una nueva narrativa nacional o a deconstruir discursos nacionales excluyentes y limitados ( 102). De allí que nos atrevamos a hacer un paralelo entre el debate de estos críticos alrededor del testimonio y su aplicación para el caso colombiano.

A parte de la obra *Los años del tropel. Crónicas de la violencia* (1991) de Alfredo Molano, cabe mencionar otras dos por su acercamiento al tema de la violencia. *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (1989) y *Trochas y fusiles* (1994)<sup>1</sup>. En *Siguiendo el corte* se recogen los relatos orales de seis personas que han participado en el desarrollo y poblamiento de la región que se extiende desde los piedemontes del sur de Bogotá hasta la región selvática del Guaviare. Los relatos corresponden a seis colonos que, huidos de La Violencia de los años sesenta, optaron por rehacer sus vidas en condiciones, que a primera vista, parecían "más seguras y favorables" (11). No obstante, sus historias traslucen su enfrentamiento a una serie de problemas característicos de la difícil situación que se vive en las zonas rurales colombianas. A través de estos testimonios el lector se aproxima directamente a experiencias como, el desplazamiento de los indígenas de sus tierras y su degeneración ocasionada por la droga y el alcohol, la explotación de trabajadores por parte de los nuevos terratenientes, el crimen indiscriminado, la destrucción del medio ambiente, el feudalismo implantado por los jefes de la guerrilla, el engaño de los gobernantes, las acciones de militares y paramilitares y la introducción y el desarrollo de la marihuana y la coca en estas regiones (12-13). Por otra parte, en *Trochas y fusiles*, Molano transcribe los avatares de algunos miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Reunidos, estos relatos informan al lector sobre la evolución de este movimiento desde una perspectiva más abierta y más crítica que la producida por los medios oficiales. De acuerdo con William Ramírez Tobón, en estos testimonios, "las FARC dejan de ser la entidad formalizada por una óptica politológica, histórica, sociológica o antropológica específica, para convertirse en provocadora de indicios, sugerencias, afirmaciones y desconciertos" (17).

En *Los años del tropel*, Molano mantiene el compromiso con lo testimonial con crónicas que borran las fronteras entre el discurso de la ficción y el testimonio directo. El autor opta por partir de sus entrevistas para luego recrear las historias y darles vida propia. De allí que podamos leerlas como "ficciones" que sin embargo no se alejan de los elementos que las hacen fieles a los relatos orales originales. El papel de Molano como intermediario no deja de ser el mismo del compilador que asegura transcribir el relato con absoluta fidelidad hacia el emisor. La perspectiva de lo relatado, como en todos los casos del testimonio, queda subordinada al punto de vista del narrador-protagonista de los hechos. Su perspectiva obedece a un reencuentro con el pasado y con los hechos que directa o indirectamente afectaron su vida.

Según Molano, la idea de construir este libro surgió después de entrevistar a una mujer llamada Sofía Espinosa quien le relató sus experiencias en el bombardeo de El Pato en el Huila, población en la que los campesinos protestaban para denunciar los atropellos del ejército. El resto de las denuncias se concentraron en la mirada de esta mujer y fue eso lo que lo hizo revivir todas estas historias. Comenta el autor en el prólogo:

---

<sup>1</sup>Cabe señalar que Molano también participa en la colección de relatos titulada, *Otros niños. Testimonios de la infancia colombiana*. (Santafé de Bogotá: El Áncora Editores, 1993). Ésta y sus otras contribuciones demuestran sus esfuerzos por acercarse a aquellos personajes colombianos que van formando la intrahistoria del país.

Regresé a escribir directamente, como si ella me dictara. Salió de un solo tirón. Quedamos sin aliento. Encontré el camino. Con esta seguridad me boté encima de las entrevistas del Valle y de Boyacá y reviví a los hombres de carne y hueso que habían contado su historia. De ese río de sensaciones salieron los personajes, uno a uno: Ana Julia, El Chimbilá, El Maestro, José Amador, Nasianceno Ibarra. (9)

Esta es la única explicación que se da sobre el proceso de recopilación de las historias. Teniendo en cuenta lo explícitas que resultan las descripciones de los narradores podemos asumir que existía una necesidad de no revelar la identidad real de algunos de los personajes entrevistados o dar más detalle sobre la elaboración del libro. Al decir que él mismo "revivió" estas historias, Molano está asumiendo toda la responsabilidad de lo relatado. Así se borran las líneas que dividen el discurso periodístico, el sociológico y el literario y se propone un nuevo modo de narrar comprometido. Los personajes de este texto se convierten en voces colectivas que desde diferentes perspectivas nos van sumergiendo en una época de crisis, permeada por el terror y la muerte.

El período al que corresponden las historias que viven los personajes de *Los años del tropel* es aproximadamente entre 1946 y 1966, período conocido como La Violencia. Según Charles Bergquist, los homicidios llegaron a figuras comparables a las de hoy, pero ocurrían, más que todo, en las zonas rurales, especialmente al principio de los años cincuenta. Grupos revolucionarios, bajo la bandera del partido liberal, ocuparon extensas áreas de territorios productores de café en contraste con las zonas rurales periféricas que ocupan las guerrillas hoy en día. Grupos paramilitares contrarevolucionarios conectados con el gobierno y el partido conservador buscaban destruir y limpiar al país de aquellos elementos no católicos y comunistas. En el proceso aproximadamente 200.000 personas de las zonas rurales murieron, muchos de ellos víctimas inocentes de las rivalidades políticas de los dirigentes y las élites gobernantes que perdieron control (4).

Algunos de los personajes de *Los años del tropel* como El Maestro, Efraín Barón y el Chimbilá se identifican como fervientes conservadores fieles a la causa del partido. Otros, como José Amador y Ana Julia creían siempre en el liberalismo y se oponían a las estrategias empleadas por los conservadores. Sofía Ospina, narradora del último relato, "Los bombardeos de El Pato" no se identifica con ninguno de los dos bandos y más bien representa a toda una comunidad que se encontraba entre dos fuegos y que hasta hoy en día vive las consecuencias de la guerra entre liberales y conservadores.

A pesar de que los eventos que recuerdan estos personajes son vistos desde distintos ángulos, sentimientos de miedo, abandono, incapacidad, odio y resentimiento unen todas las historias. Las descripciones que hacen de los asesinatos y las masacres son gráficas y muy detalladas. Todos aluden repetidas veces al hecho de haber sido testigos visuales de sangrientas matanzas. También tienen en común el haber sido víctimas del desalojo de sus tierras y cuentan su odisea de haber estado, por años, huyendo de un sitio a otro para escapar de ser asesinados. A su vez, aluden a efectos como la pérdida de sus tierras y pertenencias y a la separación de sus familias.

Varios de los narradores hacen referencia a los famosos protagonistas de este período, como por ejemplo, al famoso líder conservador León María Lozano, conocido con el apelativo de "el Cóndor". A partir de los eventos que se llevaron a cabo el 9 de abril

de 1948<sup>2</sup> Lozano organizó en la región de Tuluá, Valle del Cauca, una especie de policía cívica para cuidar la ciudad y para denunciar a los liberales que atentaran contra el gobierno. De acuerdo con "el Maestro", narrador del primer relato, mucha gente pensó que el objetivo de León María y sus hombres era sembrar el pánico para que la población liberal no votara en las elecciones pero todo se salió de las manos: "Los amigos de León María se fueron envenenando con la muerte y poco a poco también con el robo. La gente al principio era amenazada para que no saliera a votar, pero después la mataban"(19). A través de este relato se va revelando cómo este famoso personaje se va volviendo más poderoso, poder que se manifiesta en su rol de líder de los innumerables asesinatos y las masacres que va detallando el narrador<sup>3</sup>. Por medio del Maestro también se conocen todas las estrategias del partido conservador para adquirir poder como la manipulación de los votantes en elecciones, la "conservatización" de los oficiales del ejército y el nombramiento sistemático de funcionarios conservadores en todo el país. Poco a poco muchas personas se convirtieron en marionetas conservadoras, ya fuera para recibir los beneficios y respaldo del gobierno o para no ser perseguidos. Aunque en las palabras del Maestro se manifiesta su duda sobre las acciones de los conservadores, para él, el proceso fue positivo ya que se pudo demostrar al pueblo colombiano orden y disciplina por medio del mantenimiento en el poder de instituciones necesarias para el país como la Iglesia, la Patria y la Familia (23). A pesar de sus repetidas alusiones a su apoyo de los ideales conservadores el personaje-narrador revela su incertidumbre ante la situación cuando dice "La violencia es un eslabón, una cadena, una atmósfera constante" (19). A su vez, en su última frase, deja una nota profética para el futuro y al mismo tiempo, expresa el sentimiento general de miedo: "Dios sabe en que puede parar. Dios nos socorra y nos ilumine con su sabiduría" (25).

Como en todo relato testimonial la denuncia de los hechos y las acusaciones contra los causantes de las tragedias son directas. Jorge Amador, como más tarde Ana Julia, protagonistas y narradores de otros relatos, atribuyen la mayoría de las masacres y asesinatos al Cóndor. Sus acusaciones hacia las autoridades son transparentes, Amador declara: "Era la policía y el ejército los que armaban la pajaramenta<sup>4</sup>, eso lo sabía todo el mundo. Cuando Rojas Pinilla era el jefe de los militares en el Valle fue cuando sucedieron todas esas matanzas. Él era el cómplice, la llave de León María" (52). En el relato de Efraín Barón se reafirman las acusaciones contra Laureano Gómez y cómo había mandado bombardear con bombas de gas todo territorio donde hubiera chusmeros<sup>5</sup> liberales, a lo cual agrega el narrador: "Claro esas bombas no mataban sólo chusmeros, sino a todo el mundo y también a los animales" (82). En el caso de Sofía Ospina, protagonista-narradora del último relato, percibimos una voz más objetiva que habla colectivamente, es decir, por todos los campesinos de su comunidad. En sus denuncias se advierte la condición del

<sup>2</sup>El 9 de abril de 1948 se asesinó al líder populista Jorge Eliécer Gaitán y este evento desató el enfrentamiento entre liberales y conservadores.

<sup>3</sup>León María Lozano, alias "el Cóndor" se convierte en el personaje central de la novela *Cóndores no entierran todos los días* (1971) de Gustavo Álvarez Gardeazábal. En esta obra el famoso líder conservador personifica el terror y va adquiriendo las características que identificaban al caudillo recreado en otras obras latinoamericanas.

<sup>4</sup>Las bandas de los conservadores eran conocidas como "pájaros", de ahí que a León María Lozano se le diera el apelativo de "el Cóndor", jefe de los pájaros. Otros apelativos de este tipo eran "el Chimbilá" que significa murciélago. La historia personal de este otro protagonista de los años de La Violencia es ofrecida más adelante en *Los años del tropel*.

<sup>5</sup>Chusmeros eran personas de uno u otro bando que se alborotaban por razones políticas.

campesino que se encuentra en medio del conflicto: "El ejército arriba y la guerrilla abajo y nosotros en el medio, la situación del campesino ya no era entre dos paredes, sino entre las balas. Porque, señor, nosotros vivimos, como un decir, en una balanza. Si se va para allá malo, si se viene para acá, malo" (281). Otro motivo de denuncia para varios de los protagonistas de estas historias es el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Para los conservadores, Gaitán se había convertido en una amenaza para el partido, para los más liberales este hombre personificaba la justicia y el amor al pueblo colombiano. La protagonista del último relato advierte que: "A él lo acabaron por decir justicias, por decir de la oligarquía de este país, que son los mismos jefes actuales todavía y descendientes de los que ya murieron, como Laureano y Ospina Pérez, que en el infierno han de estar" (276).

Otro de los elementos que tienen en común las historias es la referencia a las constantes huidas de la violencia. El llegar a un lugar a establecerse con sus familias y tratar de comenzar una vez más sus vidas era siempre interrumpido por la persecución de los grupos que querían "conservatizar" las zonas. Jorge Amador expresa que la persecución era por razones políticas: "Había comenzado la violencia. Era el año de 1947. Al año exacto mataron a Gaitán" (35). Su voz corresponde a la de muchas otras personas que sufrían lo mismo, como cuando describe uno de sus trabajos en Tuluá. Su oficio era sacar arena del río. Al recordar aquellos días dice: "Allá si que me di cuenta de la violencia. Todos los días aparecían 10 o 15 cadáveres flotando por el río, o por ahí tirados en un playón. Traían camiones llenos de cadáveres desde Ceilán, La Marina, Riofrío, Fenicia, Indianápolis, Bugalagrande, Puerto Frazadas, en las horas de la madrugada y los tiraban al río" (45). Algunas de las historias cobran un carácter fantástico como la del huevo que salió de la gallina con la consigna "Viva el partido liberal" (48) o la historia de "los pájaros" (paramilitares conservadores) que brindaban con la sangre de los liberales. Anécdota que se repite en otras historias de este libro, en particular haciendo referencia al famoso Chimbilá, cuyo relato se ofrece más adelante. El carácter fantasmagórico de algunas de las descripciones nos transporta a las anécdotas garciamarqueanas que fueron catalogadas como "realismo mágico". Estas son historias repetidas oralmente a través de los años que cabalgan entre los límites de la realidad y la ficción pero que aluden a una historia real marcada por el terror. Esta atmósfera es la que se transparenta en la descripción que hace Jorge Amador del cadáver de León María Lozano: "El primero que llegó fue Titi y cuando Violeta llegó ya Titi estaba aullando a los pies del Cóndor que se desangraba e iba quedando azul" (64).

En varias ocasiones se advierte lo difícil que es creer este tipo de historias, sin embargo, varios narradores reafirman creer todo lo que cuentan. Todos los protagonistas-narradores han sido testigos visuales de la muerte, sean conservadores, liberales o apolíticos los une su enfrentamiento a numerosos y trágicos asesinatos. Las detalladas descripciones de masacres se repiten, sus pormenores son los mismos, el terror comunicado ante lo que vieron es el mismo. Efraín Barón, del relato tres manifiesta que:

No era la muerte lo que a uno le daba miedo sino el hecho de que se le hubiera perdido el respeto. ¿Cómo se puede aceptar tanto crimen, tanta maldad? Yo era, y soy conservador y de eso me sentía orgulloso y me sentía por eso seguir, pero yo no me avenía con esa manera de matar. (71)

Como en las otras historias las descripciones de las masacres son crudas y él se presenta como testigo presencial de cuadros como el siguiente:

Todo el mundo fue a verlos; mutilados, degollados, ahorcados, con la lengua afuera. A uno le habían sacado el corazón y se veía el mero hueco, a muchos hombres les habían arrancado el miembro, pero arrancado, no cortado. A unas mujeres les habían sacado la vagina. A un señor muy rico de la región le habían picado y lo habían dejado en puros pedacitos dentro de un costal. Eso lo vi yo aquella tarde. Yo no sé si esos muertos eran liberales o conservadores porque eso no se sabía quién era quién, pero producían ganas de gritar ver esos cadáveres. (72)

Todos los personajes reflexionan sobre el sentimiento de estar al filo de la muerte. Es el caso de Sofía Ospina del último relato que la personifica de la siguiente manera:

Cuando en eso se veía la muerte, así que andaba... no había cómo atajarla. La cuestión fue que la chusma y los chulavitas<sup>6</sup>, que eran del gobierno, se mataban. Este mataba porque era chulavo y el otro mataba porque le habían matado a un amigo, un familiar. Los godos mataban y los liberales corrían. (277)

Muchas veces este tipo de reflexiones son seguidas de descripciones de cómo violaban a las mujeres delante de sus maridos, en otras ocasiones se detallan los tipos de torturas que se empleaban.

Varios de los estudios teóricos sobre el testimonio aluden a la manera en que el intermediario procura mantenerse fiel al sujeto emisor. En las crónicas de Molano se ve esta intención, de allí que encontremos pasajes como el siguiente:

La pajaramenta hacía lo que le daba la hijueputa gana; mataba, boleteaba<sup>7</sup>, robaba..... los pobres tenían que desalojar o también los quebraban<sup>8</sup>. Los pueblos se los tomaban a la verraca<sup>9</sup>, le echaban candela a las casas de los liberales importantes. Era la godificación<sup>10</sup> de la cordillera. (55)

En la mayoría de los relatos, y sobre todo en el último, el tono es conversacional. En su discurso, la protagonista incluye frases dirigidas a su interlocutor como observamos en la siguiente intervención: "Los agarraban así, señor, les amarraban las manos, padres con hijos y todo; los ponían, así señor, en fila y rummm, los mataban, y rummm y rummm... y rummm ¿Para eso es que nos quieren?, ¿para mostrarnos como guerrilleros muertos?"

<sup>6</sup>Eran conocidos como "chulavitas" los agentes de origen boyacense (de una senda llamada Boavita en el Departamento de Boyacá) de la policía militar creada por Rojas Pinilla. Para algunos es sinónimo de criminal, pero para otros significa valiente, defensor de la religión y de la Patria.

<sup>7</sup>El *Nuevo Diccionario de Americanismos. Nuevo Diccionario de Colombianismos*, define "boletear" como: "Extorsionar a un propietario enviándole una nota escrita en la que se le advierte que, de no pagar una cantidad de dinero determinada o hacer lo que se le exige, será asesinado o sufrirá algún daño" (50).

<sup>8</sup>El diccionario de colombianismos define "quebrar", como: "matar a alguien" (341).

<sup>9</sup>Tomarse a la fuerza.

<sup>10</sup>Término que proviene de "godo", es decir, perteneciente al partido conservador.

(280). Cabe anotar que una vez más esta narradora reafirma repetidas veces haber sido testigo presencial de los eventos, como cuando dice: "Mentiras, señor, yo vi" (280).

Si en varios de los relatos se repiten las alusiones a los famosos personajes de La Violencia como El "Cóndor", Gaitán, o el famoso bandolero liberal Guadalupe Salcedo, que en la región de Llanos "mató en una sola emboscada a 97 soldados" (78), la mención de Teófilo Rojas, alias. "Chispas", nos lleva a explicar el surgimiento de las guerrillas liberales. El esposo de Ana Julia, protagonista-narradora del cuarto relato, decide unirse a la guerrilla liberal dirigida por Chispas como resultado de la necesidad de unirse y defenderse ante el abuso, el ver a los niños huérfanos, a las mujeres violadas y a los hombres derrotados. En el relato de Ana Julia se revelan los comienzos optimistas del grupo pero también se comunica el sentimiento de desilusión ante la dispersión de sus miembros por falta de organización y solidaridad. Este episodio se refiere al futuro de la lucha subversiva en Colombia que como se ha visto hoy en día, ha sido un proceso fracasado. En esencia, en esta historia, como en las otras, se develan las consecuencias de La Violencia y los estragos que dejó en las zonas rurales del país.

El siguiente capítulo también nos enfrenta una vez más con los desastrosos resultados del conflicto. Nos encontramos ante la historia personal del ya mencionado y famoso asesino conocido como "el Chimbilá". Sus palabras comunican la decadencia personal a la que llegaron varios de los individuos que participaron en la guerra. Este personaje narra los pormenores que lo llevaron a convertirse en victimario y a su vez en víctima de La Violencia. Éste es el verdugo mencionado en los otros relatos, conocido en la zona por beberse la sangre de sus víctimas, de ahí su apelativo que significa murciérlago. Sin embargo, él niega tales acusaciones en su testimonio. La reflexión que hace al principio del relato manifiesta los daños a su persona que dejaron todos esos años de enfrentamiento a cosas terribles y a estar muchas veces enfrentado a la muerte. El pasado no lo deja en paz, sus recuerdos son su mayor castigo, por eso declara:

Todo lo que he vivido se me está volviendo presente, los recuerdos me inundan, me amenazan. Cada hecho de mi vida, cada persona, cada cosa está conmigo, aquí, en esta celda. Si no fuera por estas paredes podría decir, no que mi pasado se me vino encima, sino que yo le caí de bruces.  
(175)

No acepta que haya quedado en este estado, él, que había pasado por las cárceles más duras del país: 25 años de cárcel, en la Gorgona, La Picota, el Barney, Villanueva, Cúcuta, Buga e Ibagué. También él, en carne propia, vivió torturas y maltratos en las cárceles. Estas experiencias también son descritas gráficamente, como lo son los recuerdos de sus años junto a León María Lozano y el proceso de lucha por la conservatización de la región, hasta caer preso y es desde la cárcel que narra su historia.

El final del último relato nos acerca a la realidad que se sigue viviendo hoy día en las zonas rurales. Las últimas palabras de Sofía Ospina prefiguran de manera obvia la condición actual del marginado en el país y su persistencia ante una mejora: "Yo lo único que quiero decir, señor, es esto: queremos paz y tranquilidad para poder trabajar. Eso es nuestro destino. El deseo de todos es luchar hasta que haya alguna expresión que nos diga: hay paz. Esa es mi conversación, señor" (302).

Los testimonios recopilados por Molano son una forma alternativa de reescribir la historia desde la perspectiva de sus protagonistas más afectados. Éstas son voces

sobrevivientes que confirman el desarrollo de una historia de violencia y caos político cuyas raíces se encuentran en el pasado colombiano, y para lo cual no existen explicaciones simples.

Ya en las novelas catalogadas como "de La Violencia" se presentan las tendencias testimoniales si a estas se aplican las teorías desarrolladas por los críticos del tema. Habría que ampliar y estudiar con más cuidado el contexto del cual resulta el testimonio en el país y evaluar con una mayor conciencia los presupuestos teóricos que rodean a este género y sus aplicaciones en el caso colombiano.



## OBRAS CITADAS

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *Cóndores no entierran todos los días*. Barcelona: Ediciones Destino, 1972.
- Azriel Bibliowicz, Juan Leonel Giraldo, Pilar Lozano, Laura Restrepo, Carlos Castillo, María Teresa Herrán, Alfredo Molano y Alonso Salazar. *Otros niños. Testimonios de la infancia colombiana*. Santafé de Bogotá: El Áncora Editores, 1993.
- Bergquist, Charles. "Introduction: Colombian Violence in Historical Perspective". *Violence in Colombia. The Contemporary Crisis n Historical Perspective*. Bergquist, Charles et al. Eds. Wilmington, Delawar: Scholarly Resources, 1992. 1-8.
- Beverly, John. "'Through All Things Modern': Second Thoughts on Testimonio". *Critical Theory, Cultural Politics, and Latin American Narrative*. Eds. Steven M. Bell, Albert H. Le May, and Leonard Orr. Notre Dame and London: University of Notre Dame Press, 1993. 125-151.
- Gugelberger, Georg M. "Introduction: Institutionalization of Transgression. Testimonial Discourse and Beyond". *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*. Ed. Georg M. Gugelberger. Durham and London: Duke University Press, 1996. 1-22.
- Haensch, Günther y Reinhold Werner. *Nuevo Diccionario de Americanismos. Tomo I. Nuevo Diccionario de Colombianismos*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- Molano, Alfredo. *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* Bogotá: El Áncora Editores, 1989.
- . *Los años del tropel. Crónicas de la Violencia*. 2a. ed. Bogotá: Cerec/ El Áncora Editores, 1991.
- . *Trochas y fusiles* (Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales/ El Áncora Editores, 1994.
- Zimmerman, Mark. "Testimonio in Guatemala. Payeras, Rigoberta and Beyond". *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*. Ed. Georg M. Gugelberger. Durham and London: Duke University Press, 1996. 101-129.